

LAURA ALVEA
Y JOSÉ ORTUÑO
EL PACTO



minotauro LABERINTO

LAURA ALVEA
Y JOSÉ ORTUÑO

EL PACTO

minotauro LABERINTO

El pacto

© Laura Alvea, 2022

© José Ortuño, 2022

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1374-8

Depósito legal: B. 14.484-2022

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

I. FUERA

2020

El calor es insoportable en la puerta y David llevaba ahí, al sol, tres interminables minutos. Parecerán pocos, pero cuando estás sudando, con la ropa pegada al cuerpo, tres minutos se pueden hacer interminables.

Por fin, la puerta se abrió.

Una mujer mayor, muy delgada, pálida y ojeriza, se asomó por los pocos centímetros que había separado la puerta del marco. Tras ella, oscuridad total, aunque eso no significaba que la mujer estuviese a oscuras, sino que la tremenda diferencia entre la luz exterior y la interior hacía que los ojos de David no fueran capaces de ver mucho más allá.

—Soy David —se presentó inmediatamente, con la esperanza de que le abriera rápido y pudiese así escapar de ese borchorno insufrible—, hemos hablado por correo electrónico.

La mujer echó un vistazo detrás de David. Había dos personas más: Mónica, la chica de sonido, y Raúl, el cámara, cada uno cargado con sus bultos, mochilas y maletas.

—Vienen conmigo, no se preocupe —se apresuró a decir David.

—Dijimos que solo usted —fueron las primeras palabras que pronunció la mujer, seca y tajante. Y serían las únicas.

—Ya, pero... es imposible que haga solo la pieza, alguien tiene que manejar la cámara y el sonido, y le aseguro que...

La mujer cerró la puerta.

David se quedó planchado. Era cierto que habían insistido mucho en los correos sobre el asunto. Solo él. Nadie más que él. Sin embargo, David pensó que una vez allí podría convencerlos con su labia. ¿Qué iban a hacer? ¿Cerrarle la puerta en las narices?

Raúl y Mónica lo miraron escépticos. David les hizo un gesto de «dejadme a mí» y volvió a llamar. La mujer delgada abrió otra vez.

—Escuche. Yo la entiendo. Totalmente. Pero es como si no estuvieran, como si yo llevase la cámara y el micrófono, solo que vienen con herramientas adicionales que, en este caso, son dos personas, pero como si no existieran, de verdad.

La mujer iba a cerrar de nuevo la puerta.

—Vale, vale, vale, vale.

La puerta esta vez no terminó de cerrarse.

—Yo solo.

David se volvió hacia sus compañeros y les pidió los bultos. Raúl se resistía. No creía que valiese la pena. Para esa pieza ya habían grabado tres testimonios. Con eso era suficiente para lo que necesitaban. Que él supiera, el reportaje no tenía que durar más de cinco minutos. De sobra.

Pero es que ni Raúl ni Mónica sabían realmente lo que ocurría. A ellos los mandaban de la cadena a pulsar botones. A oír, ver y callar. No tenían ni idea de lo importante que era ese testimonio, de lo único que era el testimonio; tanto que David estaba dispuesto a cargar con todo, operar la cámara, colocar el micrófono de corbata y hacer la entrevista. Aunque Raúl insistió más (Mónica callaba, ya que si le iban a pagar el bolo le parecía perfecto volver a su casa... Bueno, en realidad no iría a su casa, sino a la de su novio; no todos los días tienes tiempo libre por sorpresa), David cogió los bártulos y les pidió que pillasen un taxi y enviasen los recibos a producción para que se los abonasen.

Tras ello, David se volvió hacia la puerta. Rodeado de armatostes imposibles de cargar por un solo ser humano, hizo un gesto a la mujer del otro lado de la puerta. «¿Contenta?», decían sus hombros, manos y brazos. Su cara más bien parecía decir: «Por favor, sáqueme de una vez de este calor angustioso».

Y la mujer abrió la puerta.

II. DENTRO

Tal y como David había intuido, el interior de la casa no era tan oscuro como parecía desde fuera, bajo el inclemente sol del mediodía. Se trataba de una casa de una sola planta, sobria, pequeña, amueblada con enseres antiguos y pasados de moda. Las ventanas estaban cerradas, por lo que no había mucha luz, pero no se podía calificar aquel entorno de oscuro. Al menos no literalmente. Tal vez sí de manera metafórica.

David tuvo que salir tres veces a la puerta para cargar todos los bártulos y entrarlos en la casa. Una vez terminada la faena, no sabía qué proporción de su cuerpo era líquida y cuál sólida. El sudor lo envolvía como una segunda capa de piel.

Tomó aire y se dirigió a la mujer pálida tratando de aparentar la mayor normalidad posible. Ahora que podía verla mejor, David observó que debía de rondar los setenta años o más, y si eran menos, estaba muy estropeada. La cara y el cuello eran una pura y profunda arruga, así como las manos. El pelo, en forma de media melena suelta, era una maraña de canas y restos de algún tinte. De complejión delgada, sus huesos pronunciados le daban un aspecto frágil, y su altura era algo menor que la de David, pero no mucho.

—¿Clara? —preguntó él.

Ella no contestó, simplemente le hizo un gesto para que la siguiese.

Por su actitud era evidente que no estaba nada cómoda con la presencia de David. Seguramente, verlo acompañado por el cámara y la sonidista le había dado la esperanza de poder usar esa excusa para cancelarlo todo y no tener que recibir esta visita a todas luces molesta para ella. Sin embargo, David había sido tozudo y no estaba dispuesto a perder la entrevista. Así pues, aunque probablemente la mujer poseía un inexistente don de gentes en el día a día, hoy se le sumaba la reticencia de tener a ese tipo dentro de casa (¿su casa?) y, encima, la decepción tras la breve perspectiva de anulación.

David la siguió por un angosto pasillo en cuyas paredes no había nada: ni cuadros, ni papel pintado, nada.

David trató de entablar algún tipo de conversación con la mujer, por supuesto inútilmente. Ella solo caminaba delante de él con paso rápido, como deseando acabar con aquello cuanto antes. Tras un par de preguntas sin responder y alguna banalidad como un comentario sobre el calor, David decidió continuar la marcha en silencio.

En realidad, lo que David intentaba no era rellenar el silencio ni ser amable, sino entablar conversación, porque tenía muchas preguntas. Para empezar, llevaba un mes intercambiando correos con alguien, pero no sabía con quién, puesto que solo aparecían unas letras como remitente de los mensajes: O.R.C. Eso era todo. Tampoco la dirección a la que escribía daba muchas pistas: info@o-r-c.com. Buscó o-r-c.com y solo encontró una página en construcción. ¿Era con aquella mujer con quien había estado hablando? ¿Era ella la persona tras las iniciales O.R.C.? Algo le decía a David que no. Por alguna razón, no parecía ser esta la áspera y silente persona con quien David llevaba un mes de correspondencia. Aunque tampoco podría asegurarlo.

Tras varias pesquisas, fue un poco por casualidad que David diera con aquella dirección de correo electrónico. Estaba preparando una pieza sobre enfermedades raras para el pro-

grama en el que trabajaba como redactor y se puso en contacto con el Registro de Pacientes de Enfermedades Raras del Instituto de Salud Carlos III (ISCIII), coordinado y dirigido desde el Instituto de Investigación de Enfermedades Raras (IIER), centro perteneciente al ISCIII y que también formaba parte del CIBERER (Centro de Investigación Biomédica en Red de Enfermedades Raras). El objetivo de David era tratar en el reportaje casos realmente insólitos, enfermedades que padecieran el menor número de individuos posible. Pudo ponerse en contacto con pacientes de abetalipoproteinemias, hamartoma biliar, 3-metilcrotonil glicinuria..., pero solo encontró una enfermedad con un uno bajo el registro de casos. Una única enfermedad con un único paciente conocido: la GFE-40. Poco más había podido averiguar de esa enfermedad con ese nombre tan aséptico. Por supuesto, tras ese uno había un paciente de quien no constaban datos en el servicio público, por lo que tendría que indagar un poco más. Encontró a uno de los revisores expertos, el doctor Torcuato Lerdo de Tejada. Tras la sonrisa inicial imposible de reprimir ante semejante nombre —David no quería imaginarse la infancia y adolescencia del buen doctor—, le escribió una convincente misiva rogándole los datos del paciente. La respuesta fue amable pero negativa, aunque David nunca admitía un no por respuesta. Igual que San Pedro, a David había que negarle como mínimo tres veces para que lo aceptase. Y a veces ni eso. Fue la tozudez del periodista lo que dio frutos. El doctor había reenviado el mensaje de David al paciente, que era quien había instado al médico a ofrecer una negativa a la solicitud. Sin embargo, en su torpeza, al responder a David ofreciendo sus excusas el señor Lerdo de Tejada hizo honor a su apellido y había reenviado el mensaje del paciente en el cuerpo del correo, por lo que ahora David podía saltarse al torpe doctor y escribir directamente al paciente. En un tira y afloja con alguien que claramente no era la paciente, puesto que hablaba siempre de una tercera persona (y en femenino) y que nunca firmaba sus misivas ni se despedía formalmente,

trató de convencer a O.R.C. de la conveniencia del encuentro. Usó todos los argumentos del manual: ello daría visibilidad a su enfermedad, más investigación, más fondos y toda la charlatanería que David era capaz de sacarse de la chistera. Sin embargo, las conversaciones llegaron a un punto muerto tras un correo cuyo contenido se resumía en cinco palabras:

«No insista.
Es que no»

Sin despedida. Ni siquiera un punto final. David contestó a ese mensaje hasta en seis ocasiones. Sin respuesta. Ya se había rendido y había pasado a contactar con un paciente de zigomycosis cuando, por sorpresa, dos semanas y media después de las cinco palabras que parecían finales recibió un nuevo correo electrónico de O.R.C.

En esta ocasión eran tres palabras:

«¿Podría el martes?»

Y así fue como David había conseguido una entrevista con la única paciente de GFE-40, una enfermedad de la que no sabía nada en aquel momento pero de la que esperaba saber mucho al salir de aquella casa. Por un lado, el torpe doctor, tras enterarse de que David se lo había saltado para escribir directamente al entorno del paciente, se negó a volver a responder a sus mensajes. Por el otro, a pesar de sus muchas preguntas en los sucesivos correos a O.R.C., la mayoría eran totalmente ignoradas.

Solo conocía el nombre de pila de la paciente, Clara, y una dirección.

Y nada más.

Por mucho que buscó GFE-40 en Google, este solo le ofrecía compresores de aire acondicionado, avances en energía solar y ni una sola referencia a algo parecido a una enfermedad en los más de ochenta millones de resultados que el

buscador escupía, por más que matizase la búsqueda: GFE-40, enfermedad rara, único paciente, y así todas las combinaciones que se le ocurrieron pero que parecían no alterar el (nulo) producto.

La mujer pálida llegó a una puerta de madera y golpeó dos veces con los nudillos. Si alguien respondió dentro, David no lo oyó, pero la mujer inmediatamente agarró el pomo de la puerta y la abrió.

David la siguió al interior.